

# Mujeres esclavistas. Amas y señoras de las plantaciones en los Estados Unidos<sup>1</sup>


Slave women. Owners and mistresses of plantations in the United States

Mulheres esclavistas. Amas e senhoras das plantações nos Estados Unidos

 <https://doi.org/10.48162/rev.48.074>

**María Eugenia Moyano Guilhou**

Universidad Nacional de Cuyo  
Facultad de Filosofía y Letras  
Argentina

 <https://orcid.org/0009-0001-6049-9566>  
[eugenia.moyano@uncuyo.edu.ar](mailto:eugenia.moyano@uncuyo.edu.ar)

## Resumen

**Palabras clave:** mujeres propietarias de esclavos, mercado de esclavos, historia de género, Estados Unidos

**Resumen:** En el presente artículo, se analiza desde la perspectiva de género y con un enfoque epistémico feminista decolonial; el impacto que la esclavitud tuvo en el universo de las mujeres blancas. Se reflexiona sobre cómo se construyeron históricamente los modelos de jerarquización y opresión que dieron sustento a este régimen en el sur de los Estados Unidos. Tomando el aspecto económico del mercado de esclavos, se muestran las relaciones de compraventa que se forjaron entre las mujeres; amas y propietarias, con aquellas personas sometidas a la trata negrera. Una historia de la esclavitud con perspectiva de género permite visibilizar cómo las mujeres esclavistas no sólo tuvieron la oportunidad de ser testigos de los aspectos más brutales del régimen, ya sea en el espacio público o privado, sino que también

---

<sup>1</sup> Proyecto de Investigación “Esclavitud: Formas pasadas y presentes desde las perspectivas de género y post/decolonialidad” (2022-2024). Resolución N° 574/2022 C.D., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

arroja información sobre su activa participación y los réditos económicos que supieron sacar del mismo.

**Keywords:** slaveholding women, slave market, gender history, United States

**Abstract:** In this article, we analyzed from a gender perspective and with a decolonial feminist epistemic approach; the impact that slavery had on the universe of white women. It reflects on how the models of hierarchization and oppression that supported this regime in the southern United States, were historically constructed. Taking the economic aspect of the slave market, are shown the relationships that were forged between women; mistresses and owners, with those people subjected to the slave trade. A history of slavery with a gender perspective makes possible to see how slaveholding women not only had the opportunity to witness the most brutal aspects of the regime, whether it be in public or private spaces, but also provides information about their active participation and the economic returns that they were able to obtain from it.

**Palavras chave:** mulheres proprietárias de escravos, mercado de escravos, história de gênero, Estados Unidos

**Resumo:** Neste artigo, é analisado a partir de uma perspectiva de gênero e com uma abordagem epistêmica feminista decolonial; o impacto que a escravidão teve no universo das mulheres brancas. Reflete sobre como foram historicamente construídos os modelos de hierarquia e opressão que sustentaram este regime no sul dos Estados Unidos. Tomando o aspecto econômico do mercado de escravos, são mostradas as relações de venda que foram forjadas entre as mulheres; senhores e proprietários, sendo as pessoas submetidas ao tráfico de escravos. Uma história da escravatura com uma perspectiva de gênero permite perceber como as mulheres escravistas não só tiveram a oportunidade de testemunhar os aspectos mais brutais do regime, seja em espaços públicos ou privados, mas também fornece informações sobre a sua participação activa e os retornos económicos que conseguiram obter dele.

*¿Pero qué esperabais, al quitar la mordaza que cerraba  
esas bocas negras?  
¿Qué entonarían vuestras alabanzas?  
¿Pensabais que cuando se levantasen esas cabezas,  
que nuestros padres doblaron hasta el suelo por la  
fuerza, se leería en sus ojos la adoración?  
(Sartre, 1948: 4).*

## Introducción

Esta exposición reflexiona sobre cómo se construyó históricamente, amparada por la filosofía aristotélica, la idea de que un sujeto es superior, y por lo tanto este tiene derecho absoluto a disponer sobre el cuerpo y la vida de este otro subalternizado. Estos modelos de jerarquización y discriminación dieron sus frutos económicos en la trata de esclavos.

En el presente artículo, se analiza desde la perspectiva de género y con un enfoque epistémico feminista decolonial (Rago, 2019: 375-376); las repercusiones que la trata negrera del comercio triangular, desarrollado entre los siglos XV al XIX, dejó en el imaginario de Occidente de manera tal que perviven hasta la actualidad. De la trata atlántica, surgieron categorías dominantes, presuntamente universales, excluyentes de identidades percibidas por el sesgo eurocéntrico, como diferentes. Inserto en un campo de complejas relaciones sociales, culturales, sexuales, económicas, religiosas y étnicas se estudia el fenómeno de la esclavitud, el cual promovió la voluntad de aniquilación de un grupo, basado en la supuesta inferioridad que supone la condición negra.

La violencia constituye un fenómeno por demás complejo a la vez que es una constante histórica. Esto explica que diversos pensadores y tratadistas han intentado definirla, interpretarla y clasificarla (Moloeznik, 2021: 29). En particular, es la violencia masiva de la esclavitud, aquella que afectó a grandes colectivos sociales, la responsable de incontables sufrimientos y defunciones. No obstante, su importancia y peso, no existe una definición de la violencia aceptada universalmente, así como tampoco una teoría que sea capaz de explicar todas las formas de violencia.

García Pascual define genocidio como *<el proyecto de hacer de los seres humanos realidades prescindibles o seres superfluos>* (García Pascual, 2012: 61). La decisión de llevar africanos cautivos al continente americano cambiaría las relaciones comerciales, creando un nuevo nicho que brindaría enormes réditos económicos a aquellos que supieron ostentar las relaciones de poder dentro de este sistema. Comienza, entonces, el secuestro masivo de personas negras y su traslado al Nuevo Mundo. Símbolo de todas las violencias, la trata esclavista, fue un genocidio en gran escala donde perecieron millones de personas en el proceso de captura, transporte y esclavitud, pero también fue en palabras de Grosfoguel, un epistemicidio: *<Se prohibió a los africanos que pensarán, rezarán o practicarán sus cosmologías, conocimientos y visiones del mundo>* (Grosfoguel en Prado, 2017: 48). Aquellos quienes detentan el poder, consideran que no hay repercusiones si determinados grupos de personas desaparecen de la faz de la tierra; se supone que el mundo puede prescindir de ellos, es decir, su presencia es del todo inconsecuente. En consonancia con los lineamientos planteados por García Pascual, se entiende que *<el proyecto de exterminio de un pueblo o colectivo de personas trasciende a sus propias víctimas, tiene efectos sobre la comprensión de*

*lo que es la humanidad y constituye una ofensa a la humanidad misma*> (García Pascual, 2012: 61).

### **Mujeres propietarias de esclavos: partícipes de un negocio rentable**

Antes de la década de 1980, cuando Elizabeth Fox-Genovese y Catherine Clinton publicaron respectivamente, *Within the Plantation Household* (1989) y *The Plantation Mistress* (2010), la historiografía de la esclavitud en América del Norte y las Indias Occidentales guardaba esencialmente silencio sobre el tema de las mujeres esclavistas, que se suponía que habían sido tan marginales para la gestión de esclavos como lo eran las mujeres del Norte urbano para las finanzas y la industria. Las propietarias de esclavos hicieron breves apariciones en folletos a favor de la esclavitud antes de la guerra, o en obras históricas producidas por apologistas de la esclavitud, bajo la apariencia de dueñas de plantaciones, como la contraparte maternalista del plantador paternalista. Las mujeres blancas eran pretendidamente virtuosas y puras, mientras que en contraposición las mujeres esclavizadas eran lujuriosas y viciosas. Los hombres blancos debían ser caballerosos y racionales, mientras que los hombres esclavizados eran infantiles o salvajes (Wood, 2012: 310).

Como esposas y madres idealizadas, estas mujeres eran representadas desempeñando un papel comparable al del “ángel de la casa”, ese arquetipo de la domesticidad angloamericana del siglo XIX, pero sus responsabilidades maternas supuestamente se extendían más allá de sus familias a la comunidad de las plantaciones, y esto incluía cuidar a esclavos enfermos y entrenar a niños esclavizados. El vínculo entre raza y clase en la identidad de género blanca se encuentra en el corazón del dominio y el honor, dos sistemas de creencias potencialmente sexistas entre las élites del Nuevo Mundo (Smith, 2012). El estereotipo dictaba que, como mujer blanca gentil, asociada con el altruismo y la piedad, la dueña de la plantación podría desempeñar un papel protector hacia los esclavizados, intercediendo ante un esposo, hermano o padre para tratar con misericordia a un esclavo descarriado. Al mismo tiempo, su innata delicadeza femenina le impediría desear, y mucho menos asumir, la responsabilidad de una finca y su mano de obra en ausencia de los hombres. En el sur de Estados Unidos en particular, las ideas sobre la masculinidad blanca -fuerza, actividad sexual, razón, autocontrol, asertividad, honor- y sobre la femineidad blanca -pureza, dependencia, obediencia, laboriosidad, maternidad, piedad- se fusionaron de maneras que no

sólo reforzaron el patriarcado, sino también la esclavitud y la supremacía blanca (Wood, 2012: 12)

Siguiendo los aportes realizados por la autora Stephanie Jones Rogers, quien se cuestiona las concepciones académicas y populares de la esclavitud, que se han enfocado y siguen en gran medida centradas en el supuesto de que el propietario de esclavos prototípico, particularmente uno notablemente brutal, era masculino, se iluminarán aquí los aspectos del dominio femenino sobre los esclavos. En su obra *They Were Her Property: White Women as Slave Owners in the American South* (2019) señala que esta es una suposición que descansa en una visión patriarcal del asunto; ya que abundantes fuentes narrativas, documentación legal y financiera, correspondencia militar y gubernamental dejan en claro que las blancas mujeres sureñas norteamericanas conocían las características más desagradables de la esclavitud. Las mujeres propietarias esclavistas no sólo fueron testigos de los aspectos más brutales del régimen, sino que también formaron parte y sacaron réditos económicos del mismo. Inclusive, cuando las personas anteriormente esclavizadas hablaban del control que sus amos y amas ejercían sobre ellos, a menudo concedían igual poder a hombres y mujeres. Es posible que las mujeres propietarias de esclavos no se hayan referido a su gestión como "dominio de esclavos", pero utilizaron las mismas estrategias y técnicas que los plantadores masculinos describieron en las columnas "La gestión de los negros" que aparecieron en las páginas de publicaciones periódicas agrícolas de todo el Sur. Las mujeres propietarias de esclavos gobernaban a estos de la misma manera que lo hacían los hombres blancos; *<llegando a utilizar métodos de disciplina más brutales que sus maridos>* (Jones Rogers, 2019:16).

Analizando este fenómeno, se entiende que el régimen de esclavitud no podría haberse sostenido si el poder, la autoridad y la violencia que lo caracterizan hubieran pertenecido únicamente a los hombres blancos de élite. Requería modos de poder flexible y una red de complicidades muy extendida en las capas de quienes pertenecían al universo de los blancos (Jones Rogers, 2019: 70). Aquellos que poseían esclavos ejercían una autoridad extraordinaria, pero también la tenían los capataces de esclavos, así como los empleadores que contrataban esclavos de sus dueños para diversas labores. La vigilancia que requería el régimen solo era posible si cada persona blanca - sea hombre, mujer, niño; sea este dueño o no de esclavos - tenía el poder potencial de hacer que una persona esclavizada le obedezca y se someta a su voluntad.

Para intentar comprender cómo es posible que una mujer sea un instrumento de la opresión de otras mujeres; además, hay que entender el sistema de privilegios y privaciones que permite la instrumentalización y jerarquización entre individuos y grupos según su género, orientación sexual, raza, clase social, entre otros. Ante casos de colaboración femenina en la opresión de otras mujeres es frecuente encontrar dos polos de reacción: o se asume la inocencia de la víctima-victimaria o se le atribuye total responsabilidad. En el caso particular de las mujeres esclavistas, se ponen en juego complejos patrones de perpetración del daño que recurren a la instrumentalización de la violencia como forma de dominación contra sus esclavos, ya sean estos hombres, mujeres o niños.

### **La interseccionalidad del mercado de esclavos**

Dentro de la historiografía del mundo atlántico se encuentran los testimonios de personas que fueron esclavizadas; de ellos se desprende la noción de que el “mercado de esclavos” era un concepto más abarcativo que un simple espacio físico donde se llevaba adelante la compra y venta de seres humanos. Para ellos, este mercado era móvil, una red económica sin fronteras espaciales concretas, ya que conectaba distritos comerciales con plantaciones, pensiones, caminos rurales, calles urbanas, tabernas y cafeterías, así como corrales y casas de subastas. Todo a su alrededor era susceptible de convertirse en parte fundamental del mercado de subastas. En estos establecimientos, las mujeres esclavistas no solo orquestaron la compraventa de personas esclavizadas, sino que también participaron en el regateo público sobre los cuerpos negros en el corral de esclavos, el patio de esclavos y el bloque de subastas, aunque también con frecuencia sometieron a las personas esclavizadas al terror del mercado de esclavos en la privacidad de sus hogares (Jones- Rogers, 2019: 82). Mientras los traficantes de esclavos, los subastadores y los corredores preparaban a las personas esclavizadas para venderlas al lado de los caminos rurales, en las casas de subastas del sur o en los establecimientos de comercio de esclavos, las mujeres blancas hablaban en los espacios domésticos y privados, con sus amigos y familiares sobre sus requerimientos de mano de obra y su deseo de comprar o vender hombres, mujeres y niños esclavizados. A menudo podían cumplir el deseo de obtener un esclavo sin la necesidad de visitar un mercado físico, porque este proceso frecuentemente se llevaba a cabo -o al menos comenzaba- en sus hogares.

Historiadores más conservadores del mercado de esclavos del sur de los Estados Unidos lo describen como un ámbito brutal, corruptor, cargado de connotaciones

sexuales y es por ello por lo que muchos afirman que se consideraba un lugar demasiado aborrecible para que lo visitaran las mujeres blancas. Pero cuando estas mujeres precisaron contratar, comprar o vender a personas esclavizadas dentro o cerca de sus hogares y más allá del mercado formal, no evitaban el < *percibido desorden sexual y social* > (Jones-Rogers, 2019: 82-83) asociado con estos mercados; porque el paisaje de las plantaciones ya estaba marcado por ese desorden. En cualquier momento, las mujeres y niñas blancas podían presenciar actos violentos cometidos sobre los cuerpos esclavizados por los hombres blancos de su entorno.

No solo pensaron en la compra de esclavos, haciendo un balance de sus necesidades de mano de obra y de los tipos de trabajadores que podían satisfacerlas, sino que organizaron la venta, la compra y el intercambio de esclavos en sus espacios domésticos. Cuando estaban listas para finalizar sus decisiones, convocaban a los traficantes de esclavos a sus casas para realizar sus negocios. El argumento de que las mujeres blancas sureñas estuvieron alienadas e inmunes de las barbaridades ocurridas en los mercados de esclavos parece inverosímil frente al desparpajo con el que los traficantes de seres humanos llevaron adelante sus negocios en los hogares privados (Jones-Rogers, 2019: 83).

Algunas mujeres empleaban a sus maridos y parientes varones como agentes y apoderados que llevaban a cabo sus negocios en los mercados de esclavos. Esta delegación de autoridad podría tomarse como una prueba de que los hombres dominaban las asociaciones que estas mujeres formaban y que tal delegación significaba la renuncia de ellas al control sobre sus asuntos financieros. Pero esta perspectiva simplifica las formas en que las mujeres también emplearon a otras mujeres para que sirvieran como sus agentes y apoderadas. Además, incluso las mujeres que empleaban agentes masculinos para llevar a cabo algún aspecto de sus negocios en los mercados de esclavos del sur, también se aventuraban en estos mercados o asistían a subastas de esclavos por sí mismas. Es inexacto suponer que la dependencia de parientes y amigos como apoderados era una práctica exclusivamente femenina; ya que esto no fue así. Confiar en los apoderados también era una práctica habitual entre los hombres que tenían esclavos. Por ejemplo, después de que una costurera esclavizada llamada Tempe muriera repentinamente por causas desconocidas, su dueño, John A. Burnwell, le pidió a su hijo que buscara un reemplazo (Jones-Rogers, 2019: 84). Algunos hombres, particularmente aquellos que no poseían esclavos, a menudo pedían a los traficantes que los acompañaran cuando iban a los mercados a comprar sus

primeros esclavos. Querían que un dueño experimentado los ayudara a evitar hacer compras insensatas y comprar así las mejores piezas con su dinero.

Las mujeres que alquilaban o compraban esclavos, con frecuencia lo hacían a vecinos o amigos, ejecutando esas transacciones en la privacidad del hogar, en lugar de ir hasta el mercado de esclavos. Lelia Tucker le escribió una carta a su marido en la que documentaba las negociaciones de una conocida de su círculo social con tres mujeres propietarias de esclavos. Una mujer que ella llama "Sra. P.", quien hacía poco tiempo se había afincado en la comunidad de Virginia, no solo había *<contratado un sirviente para su casa>* de la Sra. Braxton, sino que también había contratado o comprado a una lavandera que pertenecía a la Sra. Charlton. Tucker le cuenta a su marido que la Sra. P. esperaba *<poner a prueba a la cocinera de la señora Prentis, antes de aventurarse a comprarla>* (Jones-Rogers, 2019: 87). Leila Tucker no menciona en su misiva participación alguna de parientes masculinos, un apoderado o un agente en los acuerdos entre la Sra. P. y las otras mujeres. Por otra parte, al ser estos negocios de índole privada, permanecen fuera de los libros de contabilidad de los comerciantes de esclavos.

Las negociaciones y transacciones de la Sra. P. con la Sra. Braxton, la Sra. Charlton y la Sra. Prentis ofrecen una prueba más de la integración del hogar con el brutal mercado de esclavos. Estas cuatro mujeres incorporaron relaciones humanas condicionadas por un precio en su propio entorno familiar, convirtiendo su espacio privado en un hogar de transacciones esclavistas.

Al recuperar testimonios de los afroamericanos, vemos que rara vez hacían una distinción entre el hogar "privado" y el mercado de esclavos "público", caracterizando así a los hogares sureños como componentes vitales del mercado de esclavos. Según sus relatos, las mujeres y niñas blancas estaban expuestas rutinariamente a la compra y venta de personas esclavizadas en sus hogares y alrededor de ellos. Los hombres que ejercían el oficio negrero eran sus maridos, padres, hermanos, amigos y vecinos también.

Los traficantes de esclavos exponían a sus esposas e hijas al comercio cuando llevaban su trabajo a casa. Se acercaban a las mujeres blancas para vender "la mercancía" que poseían, y en algunos casos se hospedaban en sus casas mientras viajaban a mercados de esclavos distantes. De diversas maneras, el testimonio de las personas esclavizadas revela que la separación entre el hogar y el trabajo era muy pequeña para los hombres que se dedicaban a la trata de esclavos. Estas mujeres experimentaban la interseccionalidad del mercado de esclavos y el hogar



de primera mano, porque conocían bien de qué trataba el trabajo de sus esposos, entendían el aspecto financiero del mismo y protegían esta propiedad que les brindaba el sustento familiar (Jones-Rogers, 2019: 88 - 89).

Las voces de las mujeres cuyos maridos compraban y vendían a personas esclavizadas para ganarse la vida no surgen a menudo de las fuentes escritas, pero sus acciones dicen mucho sobre cómo se sentían con respecto a su trabajo. La esposa de Ebenezer Johnson acompañaba con frecuencia a su esposo en excursiones de secuestro y comercio de esclavos. Johnson era miembro de un notorio grupo que operaba en la frontera entre Delaware y Maryland, secuestrando a personas de color libres del norte, para venderlas luego como esclavas en el sur. Estos hombres cometieron sus crímenes bajo el liderazgo de Patty Cannon y su yerno Joseph Johnson. Ebenezer era el hermano de Joseph. Uno de los miembros de la pandilla y Samuel Scomp, un esclavo fugitivo de Nueva Jersey que fue una de las víctimas cautivas de Ebenezer, testificaron haber visto a la esposa de Ebenezer acompañarlo en varias ocasiones. Scomp incluso escuchó a Ebenezer decirle a su esposa el precio por cual se vendió uno de sus cautivos (Jones-Rogers, 2019: 90).

El testimonio de antiguos esclavos está lleno de amargos recuerdos de actos violentos cometidos por sus amas. Como escribe Norrece T. Jones, las mujeres esclavistas eran *<representadas con frecuencia —por esclavos y exesclavos— como las más estrictas y sádicas en el señorío>*. Describe la familia de la plantación como una “zona de guerra” donde *<derramar leche, romper platos y una variedad de otros pecadillos en la cocina podían desencadenar, y a menudo de hecho lo hicieron, respuestas bárbaras por parte de los propietarios de esclavos en toda Carolina del Sur>* (Jones en Glymph, 2008: 41). La violencia impregnó los hogares de las plantaciones, donde el control y la gestión de los esclavos requerían la participación de las mujeres blancas, autorizadas a ejercer la fuerza bruta e incluso el sadismo. Ellas se volvieron expertas en el uso de la violencia psicológica y física y, desde su posición privilegiada en el hogar, influyeron en la construcción de la sociedad esclavista en sus dimensiones raciales y de género.

El testimonio del esclavo liberto Tom Hawkins nos ofrece una mirada en primera persona del manejo de esclavos por parte de algunas mujeres. Consultado sobre el accionar de su ama, Annie Poore, explicó que ella estaba *<todo el tiempo vendiendo [a sus esclavos] a grandes precios después de que había terminado de entrenarlos para ser cocineros, ayudantes de la casa, conductores de carruajes y mujeres lavadoras>*. Hawkins también dijo que vio a *<la vieja señorita vender los esclavos*

que entrenaba. Los hizo parar sobre un bloque que guardaba en su patio trasero, mientras los subastaba> (Hawkings en Jones-Rogers, 2019: 94). Dentro de los confines de su hogar y en los espacios abiertos de su plantación en Georgia, Annie Poore entrenaba a los esclavos que poseía y los vendía al mejor postor. Ella no estaba casada con un traficante de esclavos o especulador del mercado. Tampoco se acercó a los hombres de oficio negrero que pasaban por delante de su finca para poder comprar uno o más de los esclavos que allí se ofrecían. Ni enviaba a miembros masculinos de su familia, amigos o socios comerciales al mercado local para comprar o vender sus esclavos. Transformó su patio trasero en un mercado de esclavos, con su propio bloque de subastas para comerciar. A juzgar por las memorias de Hawkins, podría parecer que los hombres que se ganaban la vida vendiendo y comprando seres humanos conocían bien el negocio de Poore, ya que recordaba haber visto a traficantes de esclavos todo el tiempo en la propiedad.

Annie Poore era una dueña de esclavos, una traficante y una subastadora, y desde todos los puntos de vista, una “ama y señora” del mercado de esclavos. Ella sabía que entrenar a las personas esclavizadas para que cumplieran funciones específicas aumentaría su valor, y podría exigir precios específicos por ellos, sobre esas bases. También sabía que, si tenía esclavos con estas habilidades para vender, los compradores acudirían a ella. Para mujeres como Annie Poore, nada relacionado con este negocio era extraño o desconocido porque pasó su vida inmersa en el universo de la esclavitud, incluso en sus detalles más espantosos y violentos. La exposición de por vida de las mujeres esclavistas a todas las dimensiones de la esclavitud les permitió sacar provecho de las intersecciones entre el mercado y la plantación, y navegar sin esfuerzo por la economía de mercado de esclavos que las conectaba (Jones-Rogers, 2019: 95).

No todas las mujeres se involucraban de una manera tan elaborada cuando querían comprar o vender esclavos. Muchas más eran las que realizaban sus negociados de forma privada y, por lo tanto, han pasado desapercibidas para los historiadores. Al producirse estas transacciones fuera de los mercados formales de esclavos, se vuelven difíciles de rastrear.

Este tipo de detalles sobre las mujeres esclavistas y la vida cotidiana de las personas esclavizadas eran lo que la abolicionista Angelina Grimké llamaba las <minucias de la esclavitud> (Grimké en Jones-Rogers, 2019: 95). En las narrativas donde los esclavos hacen comparaciones explícitas, las amas se representan como más duras y crueles que los amos. Las mujeres emergen de estas narrativas no sólo como las principales protagonistas de la violencia que tuvo lugar en el hogar,

sino también como instigadoras que incitan a los hombres a la violencia (Glymph, 2008:55).

Aun cuando se han producido estudios minuciosos sobre los datos que arroja el comercio de esclavos, el rol de las mujeres; ya sean estas solteras, casadas o viudas, permanece invisibilizado. Los historiadores económicos Robert Fogel y Stanley Engerman recolectaron información respecto a 5.009 transacciones llevadas a cabo en el mercado de Nueva Orleans entre 1804 y 1862 (Jones-Rogers, 2019: 126). Este trabajo se ha convertido en la base de datos más comúnmente utilizada en los estudios sobre la esclavitud en los Estados Unidos; sin embargo, no ofrecen información específica respecto a los patrones de comportamiento de las mujeres en las acciones relacionadas con la compra y venta. Mientras que la obra da cuenta de la edad, sexo y color de las personas esclavizadas, no recolecta datos similares sobre los vendedores y compradores.

### **La reinención del “hogar blanco”**

El tratamiento académico de la violencia contra las mujeres revela las formas en que el género como categoría primaria de análisis depende de su ausencia. La historia de las mujeres del sur de Estados Unidos a menudo replica estructuralmente, si no sustancialmente, la propaganda de “Causa Perdida” que argumenta la supuesta delicadeza natural de las mujeres blancas (Glymph, 2008: 3).

Para el análisis de este fenómeno debemos destacar los aportes de las historiadoras feministas en una historia de las mujeres más racialmente inclusiva. Se trata, sin embargo, de una inclusión basada en la afirmación de que *<el sistema de esclavitud implicaba en última instancia la subordinación de todas las mujeres, blancas y negras>* (Glymph, 2008: 42), lo que hace que el poder de las mujeres blancas sea casi invisible.

Contrariamente a esta visión exculpatoria del rol de las mujeres blancas, el hogar esclavista era un lugar de producción y reproducción forzadas, de explotación racial y sexual, y de violencia física y psicológica. Era un lugar donde las mujeres blancas sureñas se acostumbraban desde temprana edad a la violencia de la esclavitud, contemplaban la compra y venta de esclavos y utilizaban los cuerpos de las personas esclavizadas que poseían de manera que reforzaban su valor pecuniario (Jones Rogers, 2019: 83). El ámbito privado se convirtió en una extensión del mercado de esclavos, y estas mujeres supieron capitalizar su acceso a ambos.

Si bien se reconoce, la violencia de las mujeres blancas rara vez se analiza como una faceta central de su existencia. La idea de la dama sureña era un componente importante de la ideología de raza y clase que estructuraba las relaciones en el Sur anterior a la guerra. La idea misma de una feminidad blanca violenta era la antítesis de la ideología reinante y de los ideales de género que equiparaban el poder sobre los esclavos con el de los hombres blancos. Ahora bien, si se quiere minimizar o negar la participación de las mujeres blancas como miembros de la clase dominante en la construcción y gestión de la esclavitud, entonces se hace necesario minimizar o ignorar los retratos alojados en las memorias de los exesclavos. Esos retratos añaden violencia al repertorio de la “dama” (Glymph, 2008: 26).

Nacida en la ideología proesclavista y elaborada en la literatura, las memorias y los diarios del Viejo Sur, la imagen icónica de la dama sureña se convirtió en un elemento fijo de las campañas supremacistas blancas posteriores a la reconstrucción por guerra. Generaciones de habitantes del Sur nacidos después de la esclavitud, pero formados en la ideología de superioridad racial y de clase que heredaron, asumieron la causa y la reacondicionaron. El hogar blanco se reinventó como un santuario altamente racializado y de género. Allí, las mujeres blancas seguirían siendo “damas” y gestoras de los espacios domésticos. Este mensaje se transmitió en películas, anuncios de productos comerciales, programas de televisión de ficción popular, agendas de clubes sociales de mujeres blancas y en todo tipo de organizaciones de beneficencia y alianzas domésticas, ya estuvieran dirigidas a mujeres blancas o negras. El imaginario yuxtaponía casas blancas limpias y sirvientes negros sonrientes vestidos apropiadamente (Glymph, 2008: 20).

## **Conclusión**

Una historia de la esclavitud, sin perspectiva de género, reúne variables que permiten analizar desde diferentes aristas las experiencias de los esclavizados, más no puede ser utilizada para determinar las actividades de las mujeres blancas en la misma, sobre todo si se tiene en consideración que, con frecuencia, las mujeres blancas no necesitaban ir al mercado de esclavos porque el mercado de esclavos iba a ellas.

Si reconocemos que las mujeres blancas se beneficiaron personal y directamente de la mercantilización y esclavitud de los afroamericanos, podemos comprender mejor su participación en los movimientos supremacistas blancos de la posguerra

y en atrocidades como los linchamientos, así como su pertenencia a organizaciones como el Ku Klux Klan (Wood, 2012: 2005).

Destacamos la importancia del estudio de casos sobre racismo y género, puesto que este es un problema de orden histórico que reposa sobre la perpetuación de la creencia que pregona la supremacía blanca y la opresión negra. Lejos de desaparecer, esta ideología continúa latente hasta nuestros días y constituye un peligroso instrumento de fuerzas reaccionarias.

### Bibliografía

- García Pascual, C. (2012). *Justicia y mal absoluto*. Anuario de Filosofía del Derecho. XXVIII. Monográfico: XXIII Jornadas de la Sociedad Española de Filosofía Jurídica y Política: Las claves de la Filosofía del Derecho del siglo XXI, pp. 55-77. Recuperado de <https://revistas.mjusticia.gob.es/index.php/AFD/article/view/2216>
- Glymph, T. *Out of the House of Bondage. The Transformation of the Plantation Household*. Cambridge University Press, 2008. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812491>
- Grosfoguel, R. (2022). *Los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI y las estructuras de conocimiento racistas/sexistas de la modernidad en la universidad occidental*. Revista Izquierdas, ISSN-e 0718-5049, N.º. 51, 2022. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8361360>
- Jones-Rogers, S. E. (2019). *They were her property: White women as slave owners in the American South*. Yale University Press. <https://doi.org/10.1007/s12111-020-09465-8>
- Moloeznik, M. P., & Portilla-Tinajero, R. (2021). *Sobre los paradigmas de la violencia*. Espiral (Guadalajara), 28(82), 9-39. Epub 17 de enero de 2022. Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-05652021000300009&lng=es&tlng=](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652021000300009&lng=es&tlng=)
- Rago, M. (1998). *Epistemología feminista, género e historia*. Pedro, Joana; Grossi, Miriam (Orgs.) - Masculino, Feminino, Plural. Ed. Mulheres, pp. 4 - 12. Recuperado de [https://www.projcnpq.mpbnet.com.br/textos/epistemologia\\_feminista.pdf](https://www.projcnpq.mpbnet.com.br/textos/epistemologia_feminista.pdf)
- Sartre, Jean Paul. "Orfeo Negro" (1948). Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/305630147/Sartre-Orfe-Negro>
- Vila De Prado, R. (2017). *El genocidio-epistemicidio contra los africanos con la trata y la esclavitud en Hispanoamérica*. Analéctica, vol. 3, no. 22, pp. 25-31. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4263343>
- Wood, K.E. (2012). *Gender and Slavery*. En Smith, M. y Paquette, R. (Eds.). *The Oxford Handbook of Slavery in the Americas* (pp. 513-534). <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199227990.013.0024>